

prichos. ¿Y yo soy el dueño de la tierra, yo el heredero de los césares, yo el nieto de Germánico, yo el cachorro de Agripina, yo el copartícipe del poder de los dioses? ¡Oh, no! Yo soy un mandria, incapaz de tener inteligencia y voluntad, cuando á tus pies me rindo y se trueca bajo tu mirar imperioso en nonada mi espíritu.

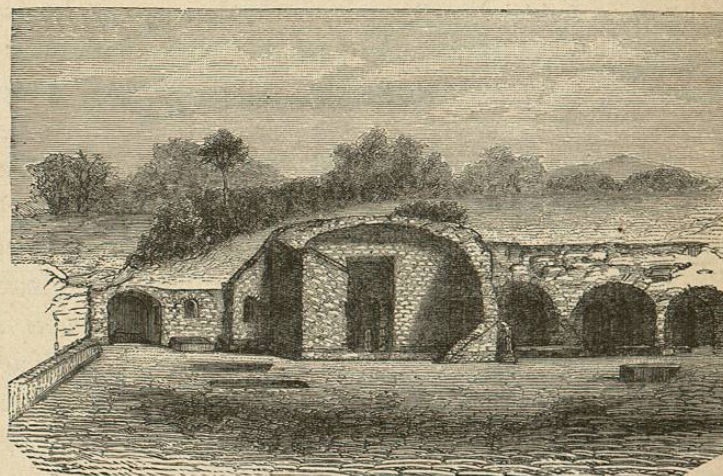
— No te creas tú, César, tan débil, ni creas á tu Acté tan poderosa. Lo que hay en todo esto es un misterio, incomprensible para ti, de mí explicado por completo con toda claridad. Lo que hay en cuanto yo te digo es el poder connatural á la verdad y al bien, de que no puedes, no, sustraerte.

— Deja tales tonterías á un lado. Lo que hay es una fascinación ejercida sobre mí por tus ojos, una demencia por tu aliento á mi cerebro transfundida, un imperio ejercido por la esclava sobre su emperador, que hacen mil veces más difícil que renunciar al Imperio y á la vida, renunciar á poseerte, cuando todos los sentidos de mi cuerpo y todos los instintos de mi ser y todos los efectos de mi corazón y todas las ideas de mi razón y todo cuanto hay en mi persona de mí mismo, todo me impele á tus brazos y de tus brazos me sujeta.

— Pues mira, Nerón, la noche ha llegado, y aunque la creen las gentes encubridora del mal, el bien tampoco desdeña su soledad y su silencio. Ponte sobre tus vestiduras esta túnica de lino. Rebuja tu rostro, para no ser conocido, tras este ligero manto, que de antifaz te servirá, y permitiéndote ver y respirar con su transparencia, te impedirá ser visto de aquellos á quienes debes visitar. A una sola condición has de sujetarte. Para ir adonde yo te lleve, habrás de llevar vendados los ojos hasta que te quite yo la venda; para volver habrás de vendarte también y no recobrar el uso de tu vista sino después que mis manos te lo hayan devuelto. Recatado y oculto en esta especie de nube formada por este blanco traje y este blanquísimo manto, verás un mundo con el cual no has podido soñar. Sujétate á mis condiciones, consiente por Dios en dejarte vender los ojos, y confía en que yo te guiaré con toda felicidad y te llevaré con ventura indudable al seno de un abismo donde vive una sociedad, toda para el espíritu, de cuya existencia y de cuyo carácter no puedes tener tú idea ninguna.

— Vamos, Acté, no me hables de tales cosas, porque fascinado

por ti como un pajarillo, haré cuanto quieras. Más fácil hubiera sido hacer retroceder al Océano hasta vaciarse y huirse de la tierra que hacerme á mí retroceder del deseadísimos goce ó posesión de tu persona. Y sin embargo, me amansaste cuando más pagado estaba de mi deseo y me redujiste á obedecerte como si fuera yo un cuerpo inerte. Haz de mí lo que quieras. Cuando has logrado que no te deshaga entre mis brazos; cuando no me he atrevido á de-



Antiguo cementerio cristiano en Roma

mandarte un beso, aunque fuera casto y puro, como el que pueden darse dos niños en su cuna, voy á lanzarme al cumplimiento de mi deseo, echándome atrás la conciencia, y tú me detienes. Pues, hecha tal cosa, puedes hacer todo cuanto te parezca y encadenarme como un perro á tus pies. Puedes no ya vendarme los ojos, sino hasta extinguirme la vista. Puedes llevarme al infierno si te place. Yo nunca me quejaré. Pero sed César, entroncad con todos los dioses, regid la humanidad y la tierra, para luego hacer lo que vuestros esclavos manden y dejáros conducir adonde os lleven vuestros esclavos.

Pero, protestando el emperador ó no, lo cierto es que Acté le puso la túnica de los cristianos, le demudó el rostro con arte tras un tupido velo caído sobre las espaldas, lo disfrazó á su guisa; y no contenta con esto, le vendó los ojos, conduciéndolo como un ciego por un laberinto subterráneo hasta las catacumbas donde se reunían entonces á sus devociones los mártires. Al verlos, hubiérales

creído cualquier escultor el grupo tallado en el Pentélico de su poesía por Sófocles, representativo de Antígona y Edipo, llegando tras larga peregrinación de dolores y tormentos al valle de Columna, donde los coros de ruiseñores, ocultos entre las ramas de los laureles y de los olivos, le anuncian y le prometen la bienaventuranza. Nerón gustaba de todo aquello por cuanto de aventura tenía. Autor trágico, además de poeta lírico y cantante, hallaba recreo y gozo en los hechos despertadores de sus emociones y demostrativos de su capacidad para pensar y para sentir. Las palabras misteriosas de Acté, las ideas que creía él incoherentes por incomprensibles á su cacumen, el relato de las tenaces aspiraciones aseguradas por una secta de la cual no tenía noticia ó idea, la marcha de aquel momento entre sombras, la creencia instintiva de que representaba una tragedia de cualquier autor y no una escena real de su propia vida, por tal manera le transportaban á imaginaciones y ensueños, que le placía todo aquello como una invención fantástica puesta por obra dentro de la viva y palpitante realidad. Así no habrá de maravillarnos que, prolongándose mucho la obscuridad, en cuyo seno voluntariamente se había sumido para obedecer á los caprichos de Acté, y advirtiendo cómo se descendía en cuesta, y en cuesta pendiente, hablase Nerón como sigue:

—Creo que ponemos por obra y en acción el cántico sexto de la *Eneida*, puesto por Virgilio en versos tan maravillosos. Me parece que llego en Cumas al tenebrosísimo albergue de la Sibila, tomado de su inquieta y sublime profecía. Por allí están los negros árboles y las columnas áureas del templo erigido á la furiosa Hecate. Inmolaré, Acté, si quieres, los siete novillos demandados por la diosa en recuerdo de los siete garzones que allá en apartadísimas edades se inmolvaban todos los años sobre sus aras. Allí fué donde oyó Eneas las voces del oráculo resonantes en las bóvedas altísimas que le predijeron y anunciaron el destino de nuestra familia latina, y en la familia latina de los Julios á que yo pertenezco. Allí, pues, oyó Eneas su destino. Paréceme que piso las sendas del averno y que oigo desgajarse al hacha y caer al suelo aquellos árboles gigantes de la selva luctuosa que á sus puertas nefastas conducía. Me parece que sobre mis ojos cerrados y ciegos se aglomeran las llamas humeantes de las piras sácras que se han

consagrado á los muertos, formando colosal pirámide, cuya base aquí en la tierra estuviese y cuya cúspide allá en el sol. ¿Es que nos acercamos al borde letal de la Estigia laguna? ¿Es que nos rodean los dioses dominadores sobre las silenciosas almas de los para siempre muertos? ¿Es que aquí nos aguardan para recibirnos Caos y Phlegeton? ¿Es que vamos, Acté, al infierno?

—Seguramente no —dijo Acté, continuando su marcha en descenso.— A todo lo contrario del infierno vamos, pues vamos al cielo. En la boca de los abismos que me recuerdas tú, está sentado el dolor; en la boca de los abismos donde yo te conduzco, está sentado el consuelo. Allí el remordimiento teje sus coronas de abrojos para ceñir las conciencias perturbadas; aquí el bien aclara la vista del alma y le muestra su eternal bienaventuranza. Las enfermedades, como serpientes enrolladas unas con otras, coletean por allí levantando sus lenguas terminadas por tijeras de áspides, mientras por aquí la salud completa interior asegura la completa salud corporal. Allí la guerra exterminadora flamea la espada horrible que todo lo destruye y desarraiga, mientras aquí la paz eterna del Señor hace á los hombres hermanos y les dice que todas las dificultades serán vencidas y todos los obstáculos serán superados por la caridad y por el amor.

Apenas había dicho tales palabras Acté, cuando se oyó un sublime coro. Arpas hebreas sonaban unísona salmodia como jamás se oyeron en liras helenas y romanas. Voces purísimas, impregnadas de un sentimiento superior á los que afectan al corazón humano, henchían aquel ambiente de ideas, que semejaban de relieve, según lo revestidas en formas de puras líneas, y trascendentes á incienso, es decir, á religioso aroma. Las palabras que decía el coro y que acompañaba la música excedían y aventajaban á todo lo escuchado antes por los mortales misérrimos en todo el transcurso de los siglos. Dios, el Verbo, la inmortalidad, la esperanza, la veneración, las visiones beatíficas, el bien de todos, el amor entre todos llenaban de ideas aquellas estrofas parecidas á legiones de ángeles, tomando el vuelo desde la tierra y perdiéndose con aleteos, á un tiempo mismo pictóricos y melodiosos, por una inmensidad tan inundada del éter luminoso como del espíritu divino. El idealismo puro, la virtud creadora, la salud interior del alma, la

robustez del cuerpo, daban á las gargantas una flexibilidad y las ideas religiosas al cántico un carácter tan hermoso, que todo allí parecía sobrehumano, y ninguna de las emociones despertadas por aquel viaje parecía de este mundo, sino de otro superior á éste y en sí verdaderamente sobrenatural de suyo. Imaginaos qué movimientos imprimirían al espíritu de Nerón, á su pensamiento, á su voluntad, á sus afectos, á sus aspiraciones, á sus ensueños, á todo cuanto le distinguía por lo susceptible de suyo y lo dispuesto á recoger todas las emociones aquel sublime cántico. Así comenzó á decir:

— No sé lo que por mí pasa. Parece que me das un bebedizo misterioso y que difundes por todas mis venas una paz verdaderamente celestial. Oigo voces nunca oídas y experimento placeres nunca experimentados. Mi capacidad de sentir crece al impulso de este viaje y mi capacidad de pensar y mi capacidad de idear. Parece que algo así nuevo dentro del espíritu mío brota y que una incomprensible aspiración á lo infinito y á lo eterno se apodera de todo mi ser y se disipa en una inmensidad llena de visibles luceros y de invisibles ideales. Subo y subo, como si en mis pies hubieran brotado alas. ¿Qué cántico es ese? ¿Qué melodía divina llena los aires y llena los espíritus de indecible dulzura? Parece sentir una esperanza nunca sentida; parece que allá en los abismos de mi ser dominan deseos no bien explicados y no bien explicables, quienes ahora vuelan en torno de mi frente como de antiguo sudor oreándola y que ahora me conducen á un mundo en que han cesado todas las batallas y en que se han reunido todas las armonías. Dime, Acté, ¿qué cántico es aquél? No suena como la flauta del dios Pan en los bosques. No tiene parecido alguno con el estruendo armado por los combates en las festividades religiosas. ¡Cuál diferencia del evohé de nuestras bacanales! En vez de aquel delirio que despierta en los sentidos el mosto y las castañuelas y el torso y la hiedra y la carrera y la canturía y la danza de nuestras bacantes ceñidas de pámpanos y ebrias de vino, siéntese aquí una serenidad como si esas voces hubieran vencido al dolor y á la muerte.

— Los han vencido, cree que los han vencido. El dolor se ha tornado una prueba que instruye á los humanos en el conocimien-

to de los destinos de nuestra vida, y la muerte se ha trocado en una transformación que depura y eterniza la esencia de nuestro espíritu. Todas estas heridas, que antes nos desconcertaban, ahora nos fortalecen. Ellas podrán ser señales de batallas perdidas en el mundo, pero son al mismo tiempo santas promesas de victorias alcanzadas en el cielo. No podemos temer al hambre quienes presentimos que seremos hartos; no podemos temer al dolor quienes presentimos que seremos consolados; no podemos temer á la pobreza quienes presentimos que seremos colmadísimos; y no podemos temer á nuestros enemigos, porque nos hallamos resueltos á amar á los que nos aborrecen, á pedir por los que nos persiguen y nos calumnian, á volver bien por mal, á ser verdaderamente perfectos, como es perfecto nuestro Eterno Padre que está en los cielos. Aunque me clavaras un puñal en medio del corazón, ¿qué me importaría, si la muerte habría de pasar como rápido sueño por mis párpados y habría de venir en seguida el instante de mi resurrección?



Una galería con sepulcros en las catatumbas

— Jamás había oído yo hablar cual hablas tú, y jamás había oído cantar cual cantan esas voces. ¿Dónde me hallo, Acté, dímelo, dónde me hallo? Dímelo pronto. Vuélveme la luz.

— Mira.

Y Acté quitó á Nerón la venda de sus ojos.

Estaban en un subterráneo inmenso. En este subterráneo se veía una especie de capilla circular y central, á cuyo seno llegaban calles de sepulcros fijos en las paredes y decorados con inscripciones misteriosas y símbolos sagrados. Caían de las bóvedas lámparas conteniendo misteriosas luces que irradiaban un resplandor suave, á cuyos rayos inciertos se acrecentaba la sublimidad del recinto. Por los espacios de las paredes que dejaban libres las alineadas y sobrepuestas sepulturas, veíanse imágenes y efigies sacras. Una mujer, coronada de clarísimas estrellas y conducida so-

bre las aguas del mar, llevaba un pequeñuelo entre los brazos, en quien se absorbía extática; una paloma bajaba volando de misteriosas regiones con un ramo de olivo que simboliza la paz; dos canoros pajarillos bebían en la misma copa regocijados como si respiraran sus plumas y movieran sus alas nuevas milagrosas ideas; hermoso buen Pastor conducía un corderillo de inmaculado vellón sobre los hombros; vírgenes de rodillas y orantes plegaban las manos en señal de santísima devoción y volvían los ojos al cielo retratando misterioso ideal. Y entre los sepulcros cincelados con señales litúrgicas; bajo las bóvedas esclarecidas por lámparas misteriosas; sobre los pavimentos compuestos también por lápidas sepulcrales; al son de las arpas que resonaban todas con sublime resonancia y de los coros que decían palabras sublimes acercábanse al pie de un altar fieles innumerables, y en un cáliz bebían el vino nuevo y de los dedos del sacerdote tomaban un pan que parecía con su virtud aumentarles la vida y robustecerles el espíritu. Así no es mucho que, transportado el César de las cenas de Trimalción á las cenas de Cristo, sintiese aquellos efectos que sentirían cuerpos trasladados en un minuto del polo al trópico, y cayese redondo y sin conocimiento ni sentido en el suelo.



CAPITULO IX

LOS APOCALIPSIS Y LAS SATURNALES

El desmayo sobrecogió al emperador con oportunidad. Sin él oyera lo que nunca podía imaginar le llamaran sus mayores enemigos en los más violentos espasmos del odio y del horror. Naciente la idea cristiana, se aparecía con todos aquellos afectos de oposición irreconciliable que traían las ideas nacientes consigo á la hora providencial de sus primeros desarrollos. Para la obra de purificar aquella sociedad, no encontraban medio mejor que destruirla. E impidiéndoles por completo su doctrina los medios violentos, arbitrados y puestos en práctica por otras sectas, invocaban el fuego de los cielos y creían que se acercaba la hora última y el juicio final de un mundo cancerado por tan corrosiva gangrena. El sagrado libro que contiene todas estas amenazas es el Apocalipsis. Desde los instantes primeros de su vida natural, aquella sociedad cristiana, tan débil de suyo, que se escondía en las catacumbas, como puede un secreto ocultarse y callar en el silencio de la conciencia, acaricia en sus humillaciones la venganza, escribe apoca-